

## LATINOAMÉRICA COMO REGIÓN EN LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y CULTURALES DE 1970 Y 1990

*Mónica Quijano Velasco*

Los estudios sobre la región entendida desde una perspectiva geográfica, histórica y política han sido muy importantes en la confirmación de la historia de la literatura como disciplina. Esta idea permite entender la literatura como producto de una cultura determinada por el lugar geográfico que ocupa y por la historia desarrollada en ese lugar en cuyo cruce se genera una identidad particular que puede verse en sus manifestaciones literarias (lengua, tradición, aspectos formales, etc.). Éste será el punto de partida de la elaboración de las historias de la literatura nacionales surgidas en la modernidad, pero también atravesará las reflexiones sobre la posibilidad de pensar la literatura no sólo como producto de un orden y una cultura nacional, sino de regiones supranacionales (literatura europea, árabe o africana, por ejemplo). En el campo de los estudios literarios en América Latina este cruce ha sido central para conformar el proyecto político, histórico y cultural del latinoamericanismo.

La historia de este proyecto es amplia y no puede separarse de la perspectiva política ni de ciertas concepciones propuestas por distintos intelectuales que, desde mediados del siglo XIX, apostaron por establecer lazos regionales comunes que permitieran superar las fronteras de los recién formados Estados-naciones, sustentados en una identidad común visible en su cultura y, por lo tanto, también en su literatura. En este sentido, pensar la existencia de una literatura latinoamericana implica un doble movimiento. Por un lado, la creación y popularización del uso de este concepto aglutinador (que tiene, por supuesto, un sustento geopolítico). Por otro, la existencia de prácticas derivadas de sociabilidades intelectuales cuya voluntad ha sido establecer redes y proponer proyectos, los cuales se tradujeron en la creación de revistas, colecciones editoriales, libros colectivos, organización de congresos y propuestas de políticas culturales que dieran causa a la conformación de una literatura regional.

En este capítulo, me centraré en dos momentos de la segunda mitad del siglo XX que considero señeros para la consolidación de un latinoamericanismo de corte anticolonial, que recuperará la idea de la existencia de una región geográfica: Latinoamérica, concebida como un espacio común que comparte rasgos culturales, políticos y sociales, visibles, entre otras manifestaciones, en una literatura supranacional, que será nombrada literatura latinoamericana. El primer momento que analizaré es el proyecto financiado por la UNESCO durante la década de 1960 que dio lugar a la colección *América Latina en su cultura*, de la cual el volumen dedicado a la literatura (publicado en 1972) es muestra de esta voluntad de construcción de un pensamiento regional y donde se propone, un común denominador para definir las características de la literatura latinoamericana, la experiencia de la colonización y el subdesarrollo económico. Es, además, un libro importante porque propone (e instaura) un canon de la literatura latinoamericana del momento, como bien señala Claudia Gilman en su ya clásico libro sobre los debates intelectuales en América Latina durante las décadas de 1960 y 1970 (2003: 20). El segundo momento tiene sus inicios en la década de 1990, durante la cual, un grupo conformado por pensadores y académicos latinoamericanos, como Enrique Dussel, Walter Dignolo, Santiago Castro Gómez, Ramón Grosfoguel, Aníbal Quijano, entre otros, elaboraron varios libros colectivos para pensar la región latinoamericana y sus expresiones filosóficas, políticas y culturales en el contexto de la crisis generalizada del proyecto moderno con una perspectiva decolonial.

Con el análisis de estos dos momentos, busco mostrar que la idea de la existencia de una literatura latinoamericana está atravesada por factores que van más allá del campo literario o cultural pensado como un discurso artístico de características meramente formales y lingüísticas que distinguirían a esta literatura de las manifestaciones artísticas producidas en otras regiones. Estos factores están fuertemente arraigados en una tradición que ha buscado construir, a través de la conformación de redes y lazos intelectuales a América Latina como una región cultural, derivada de una historia común que se distingue de la América anglosajona (identificada con Norteamérica y principalmente con Estados Unidos), cuyo componente común es la experiencia derivada de la colonización española y portuguesa (principalmente), situación que la ha colocado históricamente en una posición de marginación con respecto a los centros hegemónicos del norte

global. Ambos proyectos, sin embargo, están fuertemente atravesados por contradicciones derivadas de las propias geopolíticas del conocimiento, ya que los resultados de estas redes y las condiciones de posibilidad para llevar a cabo las investigaciones y los encuentros de los intelectuales que en ellas participaron están vinculadas con proyectos contruidos desde ese norte global del que buscan distanciarse discursivamente.

## Antecedentes

Antes de abordar los dos momentos centrales que analizaré en este capítulo, quisiera hacer un breve recorrido por las etapas más importantes en las que se impulsó la idea de la existencia de América Latina como región. Esta historia se remonta a la década de 1850, años en los que podemos rastrear los primeros usos del término por el dominicano Francisco Muñoz del Monte, los chilenos Santiago Arcos y Francisco Bilbao y, sobre todo, por el colombiano José María Torres Caicedo (Quijada, 1998: 601). El uso del término, en sus inicios, es eminentemente geopolítico, pues da cuenta de la preocupación de las élites latinoamericanas ante la fuerte política intervencionista de Estados Unidos en Centroamérica (Quijada, 1998: 605).<sup>1</sup> Años más tarde, será José Enrique Rodó quien revitalizará el uso del término a través de la postulación de su famosa dicotomía Ariel *vs.* Calibán, donde América Latina es asociada con el espiritualismo de Ariel y Estados Unidos con el materialismo de Calibán. La última parada importante durante el siglo XIX será la labor realizada por José Martí no sólo en sus escritos, sino también a partir de los múltiples viajes y redes de intelectuales que construyó a lo largo de su vida, quien recupera la idea de un latinoamericanismo antiestadounidense y antiimperial a través del concepto de Nuestra América.

La continuación durante el siglo XX de este proyecto puede hallarse en la labor diplomática y editorial de Rubén Darío y, posteriormente, de Alfonso Reyes; la creación de la colección Biblioteca americana del Fondo de Cultura Económica en 1934, ideada por Pedro Henríquez Ureña y fundada por Daniel Cosío Villegas; la construcción de una amplia red de críticos y

<sup>1</sup> Quijada recuerda en su artículo los esfuerzos de Washington para posibilitar la apertura de un canal para unir los dos océanos, así como el respaldo de Franklin Pierce, en ese entonces presidente de Estados Unidos, a la invasión de William Walker a Nicaragua.

escritores latinoamericanos llevada a cabo por crítico uruguayo Ángel Rama, que abarca desde su trabajo en la revista *Marcha*,<sup>2</sup> pasando por los lazos que estableció con intelectuales brasileños para crear redes y puentes con esta literatura (anteriormente poco considerada dentro de la literatura de la región), así como la dirección de la editorial Ayacucho. Otra parada fundamental del latinoamericanismo literario se encuentra en las políticas culturales de la Revolución cubana, fundamentalmente en la creación de Casa de las Américas, institución faro para la construcción del latinoamericanismo anticapitalista y antiimperialista. Finalmente, la internacionalización de esta literatura con el denominado boom en la década de 1960 consolidará la idea de la existencia de una producción literaria, que por su estilo formal y su particular temática se identificará, ya de manera global, con la región.<sup>3</sup>

Este muy breve recorrido permite situar los dos momentos que abordaré a continuación como parte de una tradición intelectual con largo arraigo y de la cual ambos son, a su vez, continuadores.

## América Latina en su cultura

La serie América Latina en su cultura, publicada en México a inicios de la década de 1970, fue producto de los acuerdos de la 14ª reunión de la Conferencia General de la UNESCO (1966) en París, donde se aprueba una resolución para “emprender el estudio de las culturas de América Latina en sus expresiones literarias y artísticas, con el fin de determinar las características de dichas culturas”. Este estudio, señalan las actas de la Conferencia, se llevaría a cabo entre 1967 y 1972, con un presupuesto de 45 000 dólares (UNESCO, 1966: 63).

Interesa para este tema señalar que las resoluciones de la UNESCO acordadas en esta conferencia general se integran en un proyecto generalizado donde se busca articular el conocimiento de las culturas mundiales no a partir de atomizaciones nacionales, sino por regiones, por zonas amplias.

<sup>2</sup> La revista *Marcha*, fundada y dirigida por Carlos Quijano, se publicó en Uruguay entre 1939 y 1974. Ángel Rama trabajó como editor de la sección literaria primero en 1949 y 1950 y posteriormente entre 1959 y 1968.

<sup>3</sup> Para entender cómo se configuró el latinoamericanismo en el periodo que va de 1959 a 1973, un libro fundamental es el de Claudia Gilman (2003). Para una revisión de varios de los momentos del latinoamericanismo aquí referidos, consulte el texto de Rafael Mondragón (2019).

Así, junto con la región denominada América Latina, se presentan resoluciones para profundizar en los estudios de las culturas europeas, africanas y orientales. No es azarosa esta propuesta, como tampoco el financiamiento otorgado por esta dependencia de la ONU para el estudio regional. Este macroproyecto deriva de la misma perspectiva que la creación de los *area studies* en Estados Unidos, iniciativa que surge en la temprana guerra fría, a través de la cual el gobierno estadounidense promovió la división del mundo en áreas definidas de estudio con el fin de ejercer un contrapeso político con respecto a lo que consideraban el avance mundial del comunismo. Por lo tanto, la creación de los *area studies*, su función e impacto no puede entenderse fuera de este contexto. Se trata de un amplio proyecto intelectual y político de Estados Unidos por establecer una hegemonía liberal en la posguerra que modeló el ordenamiento de varias de las organizaciones internacionales de corte liberal: la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización de los Estados Americanos (OEA), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), etc.<sup>4</sup> Es en esta línea que podemos insertar el modelo de estudio propuesto y financiado por la UNESCO.

Para la puesta en práctica de estas resoluciones se organizó una primera reunión de expertos en Lima, Perú, en 1967. Esta reunión ocurre en un momento de particular efervescencia política y cultural en la región. La Revolución cubana, acaecida ocho años antes, había ubicado a Cuba y con ella a toda América Latina “en el eje de las tensiones hemisféricas de la Guerra Fría” (Rojas, 2018: pos. 44). Y aunque el mundo intelectual latinoamericano no se ha dividido todavía<sup>5</sup> aparecen ya fricciones entre algunos intelectuales y el régimen castrista. Sin embargo, persiste el apoyo, a veces entusiasta, otras más matizado, a las políticas culturales de la Revolución y a su principal órgano de difusión: Casa de las Américas.

La primera reunión interdisciplinaria de Lima, convocada para discutir los lineamientos del proyecto, fue presidida por José María Arguedas; participaron

<sup>4</sup> Agradezco a Daniel Kent sus pertinentes observaciones sobre el vínculo de la creación de los *area studies* y el proyecto de estudios de las culturas mundiales divididas en zonas amplias financiado por la UNESCO. Para un estudio del impacto de la política exterior estadounidense y sus nexos con los *area studies* durante la guerra fría véase a Parmar (2012).

<sup>5</sup> La ruptura con el régimen cubano de varios intelectuales que al inicio de la Revolución apoyaban la causa castrista, entre los que destacan Mario Vargas Llosa o Jorge Edwards, se da entre 1968, año en el que el gobierno de Castro respalda la intervención militar de la URSS en Checoslovaquia y 1971, cuando el régimen encarcela al poeta Heberto Padilla por contrarrevolucionario y es sometido a una confesión pública en la que se retracta de sus escritos (Rojas, 2018: pos. 66).

Enrique Anderson Imbert (crítico literario argentino), Gustavo Beyhaut (historiador uruguayo), Sergio Buarque de Holanda (historiador, periodista y crítico literario brasileño), Eduardo Caballero Calderón (escritor colombiano), George Robert Coulthard (crítico literario inglés radicado en Jamaica), Argeliers León (musicólogo, compositor y etnólogo cubano), Guillermo Lohmann Villena (historiador peruano), Laura López Campo (crítica literaria), Alfonso Arinos de Melo-Franco (historiador brasileño), Mario Monteforte Toledo (escritor y sociólogo guatemalteco), Ángel Rama (crítico literario uruguayo), Fryda Schultz de Mantovani (crítica literaria argentina) y Leopoldo Zea (filósofo mexicano) (Fernández Moreno, 1972: 14). Esta comisión interdisciplinaria de expertos elaboró el proyecto “América Latina en su cultura” y estableció el programa de trabajo. En ella se acordó que el estudio general de la región se caracterizaría por dos enfoques: por un lado, considerar a “América Latina como un todo, integrado por las actuales formaciones nacionales” (Fernández Moreno, 1972: 13). La región se consideraría entonces “una unidad cultural” en la que se integran tanto Brasil como el Caribe. Por otro, la región sería considerada en su “contemporaneidad” (1972: 13), es decir, los estudios se elaborarían desde la situación “presente”. Como resultado de estos estudios, se elaborarían una serie de libros (América Latina en su cultura), cuyo orden iniciaría con la publicación de un volumen sobre literatura, luego sobre arquitectura y urbanismo para finalizar con volúmenes sobre artes plásticas y música. A esta lista inicial se añadió un último título: “América Latina en sus ideas”.<sup>6</sup>

En 1968 se reunió, en San José de Costa Rica, la comisión que se encargaría de elaborar el volumen sobre literatura.<sup>7</sup> Este trabajo derivó en la publicación, en 1972, del volumen *América Latina en su Literatura*, coordinado por el poeta argentino César Fernández Moreno, quien dirigía en ese entonces la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO. Me interesa, para efectos del tema que aquí trabajo, delinear la

<sup>6</sup> Como resultado final, la serie constó de 4 volúmenes, además del dedicado a la literatura: *América Latina en sus artes* (1974), coordinado por Damián Bayón; *América Latina en su arquitectura* (1975), coordinado por Roberto Segre; *América Latina en su música* (1977), coordinado por Isabel Aretz y *América Latina en sus ideas* (1986), coordinado por Leopoldo Zea.

<sup>7</sup> En esta reunión participaron el ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, el chileno Fernando Alegría, el brasileño Sergio Buarque de Holanda, el inglés George Robert Coulthard, los argentinos Noe Jitrik y Luis Emilio Soto, el mexicano José Luis Martínez, los peruanos Julio Ortega y Augusto Tamayo Vargas, el cubano José Ángel Portuondo y los uruguayos Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal.

perspectiva bajo la cual se considera en este libro la idea de América Latina como región cultural, y cómo esta concepción implica una serie de postulados que permiten entender la implementación, durante estos años, de una idea específica de la región que la concebirá en términos geopolíticos como un bloque distinto al de las potencias hegemónicas del momento.

La introducción de César Fernández Moreno al volumen es importante en este sentido, ya que expone el marco interpretativo en el cual se insertan los distintos capítulos que integran el libro. Ésta inicia con la pregunta ¿qué es América Latina? y por qué su caracterización precisamente de latina. La respuesta es, a la vez, histórica y filológica: el nombre da cuenta de la expansión de la cultura latina en Europa y, posteriormente, su mundialización con la conquista de los territorios americanos. Tres de las naciones colonizadoras son latinas: España, Portugal y Francia. Así, Fernández Moreno señala que esta concepción de la región, que es histórica, busca oponer este modelo a la América producto de la colonización anglosajona. Sin embargo, esta supuesta latinidad de América queda cuestionada: ¿qué sucede con las culturas amerindias, las afroamericanas y las naciones pertenecientes a la Commonwealth que se no adhieren a esta unidad lingüística? César Moreno es enfático en señalar que, si bien el adjetivo queda como marca definitoria de la región, este criterio no es el adecuado para encontrar su unidad cultural. Si ésta no es lingüística (como tampoco étnica o religiosa, otros dos elementos que han servido para caracterizar la unidad regional a lo largo de la historia), ¿cuál podría ser el sustrato común que diera identidad a la región? La respuesta, para el autor, está en la experiencia colonial de los pueblos que la integran, una “sucesiva dependencia del conjunto con respecto a una potencia exterior” (Fernández Moreno, 1972: 9) acaecida a partir de la occidentalización del territorio americano a raíz de la conquista: primero las monarquías ibéricas, luego las inglesas, después el imperialismo norteamericano (ya no de corte político, sino económico). A éste se añadiría un segundo criterio económico: “el abismo que se abre entre los países ricos y pobres; [...] donde la anglosajona es la rica y la latina es la pobre”. Finalmente, el tercero que añade a los anteriores es de orden geográfico: “América Latina sería toda aquella tierra americana que queda al sur del Río Bravo (que marca el límite de Estados Unidos con México)” (1972: 9).

Así, para definir la región, Fernández Moreno apela a un criterio histórico y cultural, que podría sintetizarse como una experiencia común de

colonización; un criterio económico, muy acorde con las tesis desarrollistas del momento, en donde se considera a América Latina una región pobre en subdesarrollo y, finalmente, un criterio geográfico o territorial.

En esta amplia definición, la fundación de la cultura latinoamericana tendría origen en la conquista y se traduciría, en términos culturales, en el asombro producido por el choque entre dos culturas radicalmente distintas para convertirse en “el huevo de donde saldrá la cultura latinoamericana, todo su arte creativo” (Fernández Moreno, 1972: 11). Este asombro implicará, en un inicio, un ejercicio de traducción cultural por parte de ambas culturas y, simultáneamente, creará una dicotomía: la de conquistadores *versus* conquistados, distinción bajo la cual va a ser leída, por mucho tiempo, la cultura americana: como oposición, primero, luego como síntesis, bajo la idea celebratoria del mestizaje. La narrativa que Fernández Moreno propone en esta introducción se adhiere a esta segunda perspectiva:

Triunfa así en la cultura superior latinoamericana una concepción sintética de sí misma, donde se reconocen no sólo los aportes de las culturas autóctonas, sino también los de las culturas europeas descubridoras, la fundamental aportación africana que llega a América a través de la esclavitud, y por último, el refrescamiento de las fuentes universales implícitas en los movimientos migratorios del siglo XIX (1972: 12).

La ponderación del mestizaje cultural es el discurso hegemónico de la época. El hecho de que, además de las culturas españolas y amerindias, cuya dicotomía había perdurado en la narrativa sobre la integración cultural latinoamericana, se añada la aportación de la cultura de los afrodescendientes, permite incorporar en este crisol de síntesis armoniosa de las culturas al Caribe y a Brasil como parte fundamental del conglomerado latinoamericano. Pero, además, esta visión de síntesis armoniosa entre distintas culturas entra en concordancia con el proyecto coordinado por Fernández Moreno (financiado por la UNESCO) para la construcción de un saber sobre la cultura de la región capaz superar las propias divisiones internas del campo intelectual latinoamericano, surgidas con el advenimiento de la Revolución cubana y que llegarán a su mayor ruptura en 1971 con el “caso Padilla”.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Para un análisis de lo ocurrido en el campo intelectual latinoamericano con el llamado caso padilla, confróntese a Gilman (2003) y Alburquerque Fuschini (2001).



Frente a la tensa situación provocada por la toma de partido de los intelectuales (o estabas con la revolución o en contra de ella), fomentada por el contexto global de la guerra fría, el volumen coordinado por César Fernández presenta una neutralidad aparatada que contrasta con las polémicas y discusiones de la época. En principio, en ella participan intelectuales cercanos a Castro (Mario Benedetti o Roberto Fernández Retamar, por ejemplo) junto con otros que estarían más vinculados con Emir Rodríguez Monegal, quien ya había sido criticado por los intelectuales cercanos al régimen cubano por la creación y dirección de la revista *Mundo Nuevo* en 1966. Podríamos decir que, entre los participantes, hay una preponderancia de lo que Manuel Rojas define como intelectuales pertenecientes a una izquierda liberal (Rojas, 2018).

Para evitar la polémica y promover la neutralidad, Fernández Moreno opta por no hacer referencia a la Revolución, ni a un tercermundismo revolucionario, ni a la situación política de su presente. Así, aunque dos de las seis secciones del libro<sup>9</sup> aluden a cuestiones sociológicas (literatura y sociedad y función social de la literatura), la mayor parte de los capítulos del volumen ponen énfasis en aspectos intraliterarios, en los cuales se celebra, sobre todo, la introducción de nuevos elementos formales en la escritura de la novela latinoamericana, innovaciones que otorgarían a la literatura regional un lugar central en las letras mundiales. En el libro, en este sentido, si bien se busca incorporar las principales perspectivas que se tienen sobre literatura latinoamericana de la época, predomina el afán de describir lo que serían los componentes estéticos que se conciben en el punto climático de su desarrollo. En este sentido, tal como Claudia Gilman señala, el libro permitió revelar los atributos del nuevo canon literario de la región (2003: 20).

¿Cuáles serían estos atributos? En primer lugar, destaca la voluntad de superar las descripciones vinculadas con los componentes nacionales en el plano cultural. Lo que se quiere es presentar los rasgos comunes de lo que sería la literatura latinoamericana en su integralidad (vista como una totalidad orgánica y supranacional). Estos rasgos comunes implicarían, en primer lugar, la llegada a la “mayoría de edad” de esta literatura, así como su universalización, la cual se entiende como el reconocimiento otorgado en Estados Unidos

<sup>9</sup> Estas secciones son “I. Una literatura en el mundo”, “II. Rupturas de la tradición”, “III. La literatura como experimentación”, “IV. El lenguaje de la literatura”, “V. Literatura y sociedad” y “VI. Función social de la literatura”.

y Europa a las letras latinoamericanas, así como su internacionalización, es decir, su circulación en el mercado global del libro. Este sentir está expresado en la mayoría de los capítulos que componen el volumen.<sup>10</sup> En algunos textos como los de Antonio Candido, José Luis Martínez, Hernando Valencia Goelkel y Mario Benedetti, esta plenitud de la literatura regional se integra en un relato historiográfico que propone un panorama general de cómo se fue conformando la literatura latinoamericana: sus orígenes estarían en el encuentro entre las literaturas amerindias y las latinas producto de la conquista territorial, pasarían por un proceso de mestizaje en donde se iniciaría el largo periplo de las letras subcontinentales por encontrar las formas más adecuadas de expresar la identidad cultural mestizada. El siglo XIX sería, en ese sentido, el de la búsqueda de esta expresión que tendría, primero en el modernismo y después en las vanguardias, los primeros momentos de una emancipación que finalmente llegaría con los poetas y narradores de la década de 1950 y 1960, entre los que resaltan los escritores pertenecientes al boom.

En el aspecto formal se resaltan los logros de la literatura latinoamericana del momento, principalmente en la poesía y la novela. Estos tienen que ver con la introducción de nuevos lenguajes provenientes de otras artes y de la industria cultural (Campos, 1972; Rodríguez Monegal, 1972; Saer, 1972); la transformación en las técnicas narrativas, la experimentación formal y la introducción de nuevos elementos estilísticos (Adoum, 1972; Jitrik, 1972), la superación del realismo, principalmente el de la novela telúrica, indigenista y social de principios de siglo XX (Adoum, 1972; Benedetti, 1972; Jitrik, 1972; Portuondo, 1972; Xirau, 1972). Frente a este realismo se propone una visión más amplia, un realismo crítico, anclado en la experiencia y el mundo, un realismo que deja de ser reflejo de una realidad dada o un vehículo

<sup>10</sup> Algunos ejemplos que sintetizan esta perspectiva: “Europa ha reconocido derechos humanos a todos los pueblos y vigencia contemporánea a los hombres de todas las latitudes. Esta realidad crea un nuevo estado de espíritu de los propios creadores latinoamericanos. Las últimas o recientes muestras de la literatura latinoamericana [...] evidencian un logro de integración con la literatura europea. Ya no se encuentran casi tendencias imitativas en lo latinoamericano, tan frecuentes en el siglo XIX, y aun a comienzos del XX, pues se han descubierto canteras propias de creación en el propio nuevo continente. La dependencia de impulsos culturales europeos es cada vez menos decisiva y vigente. Latinoamérica ha descubierto su sino creador y aun a despecho de tener ni el poder ni los medios más adecuados para su desarrollo se encuentra venciendo la encrucijada y se dirige a la consecución de su personalidad definida” (Núñez, 1972: 119). “La literatura latinoamericana ha llegado a su mayoría de edad” (Valencia, 1972), “Hoy en día, el escritor latinoamericano está en pie de igualdad con los creadores de otras tierras y otras lenguas” (Benedetti, 1972: 355).

para reforzar alguna ideología. Hay, en este sentido, una crítica, a veces abierta, a veces velada al realismo socialista y a cualquier intento de sujetar la literatura a funciones pedagógicas o de modelado ideológico. Algunos capítulos como el de Severo Sarduy y el de Haroldo de Campos se presentan desde una lectura inmanentista y estructural de la literatura: recuperación y relectura del barroco en clave semiótica en Sarduy, disolución de los géneros y la ruptura con un arte normativo (clasicismo) en campos. Desde esta perspectiva se resalta el valor revolucionario de la literatura latinoamericana, revolución que se da principalmente en el ámbito formal: en el lenguaje (Jitrik, 1972; Rodríguez Monegal, 1972).

Si bien en la introducción y en la primera parte del libro (Fernández Moreno, 1972) se contempla la perspectiva plurilingüística y pluricultural de la región que implica la integración de las culturas amerindias y afroamericanas, ésta se entiende como herencia y síntesis, no como una producción literaria del presente. Desde esta perspectiva, la cultura latinoamericana es producto de un mestizaje cultural, tal como lo sintetiza José Luis Martínez en su capítulo titulado “Unidad y diversidad”:

Extendidos en más de la mitad del continente americano, [los pueblos amerindios] fueron conquistados por españoles y portugueses. Diecinueve de ellos han conservado desde entonces la lengua española y, uno solo, tan extenso como un continente, la portuguesa y han tenido una historia, una formación cultural y un desarrollo literario paralelos. Más, por otra parte, en América existían poblaciones y culturas autóctonas y condiciones geográficas peculiares a cada una de estas zonas. Sobre hombres, culturas y naturaleza se impondrán patrones ibéricos comunes que favorecerán el mestizaje o proceso unificador, es decir, la creación de la comunidad de pueblos que llamamos Latinoamérica y que cuentan con lenguas, formación cultural, religión y composición étnica y estructuras económicas y sociales semejantes (Martínez, 1972: 73-74).

En la integración latinoamericana, su conformación identitaria pasaría entonces por un proceso de mestizaje que se volvería el sustrato sobre el cual se funda la cultura regional. A las culturas amerindias se le sumarían más tarde, principalmente en la región del Caribe y en Brasil, la herencia de las culturas afrodescendientes. Ambas son leídas en términos de culturas residuales que se integrarán a la cultura hegemónica que será la latina. Las lenguas imperiales, convertidas en lenguas nacionales después de los procesos

de independencia, se convertirán en las que se hablen en la región. En ese sentido, los capítulos que abordan esta perspectiva (Barerio Saguer, 1972; Houaiss, 1972) estudian las formas o los usos de los dialectos de las lenguas imperiales en su registro local. En éste, tal como lo recupera la literatura, se van introduciendo elementos de otras culturas. Así, por ejemplo, para Rubén Bareiro Saguer, la literatura latinoamericana, sobre todo la actual, es producto de una síntesis que aprovecha los “aportes culturales múltiples”, las tensiones del contacto entre las culturas, su profundización y experimentación (Bareiro, 1972). Desde una perspectiva más lingüística, Antonio Houaiss señala que la pluralidad de la región está conformada por las lenguas hegemónicas (español y portugués) y la introducción de componentes residuales en éstas, provenientes de las lenguas amerindias y africanas (Houaiss, 1972).

De esta forma, el canon de la literatura que propone la antología de Fernández Moreno es el de una literatura escrita en castellano y portugués —con algunos componentes residuales de las otras lenguas (amerindias y africanas)—, principalmente masculino<sup>11</sup> y vinculado con los escritores del boom, de corte vanguardista y experimental, pero anclado en la experiencia vital y de un sentir latinoamericano. El libro construye así, una idea existencial de la identidad regional que se presenta como una cultura diversa con elementos comunes, vinculados con la lengua y la experiencia colonial, mestiza, sintética y unitaria que será expresada en un lenguaje particular latinoamericano.

En términos geopolíticos, se mantendrá por tanto la idea del centro y la periferia y se celebrará, en este sentido, la llegada de la periferia a las letras mundiales (representadas por las literaturas europeas y norteamericana). Asimismo, mostrará a una región armonizada, basada en la idea de mestizaje cultural, en la cual se decide ignorar el conflicto político y la profunda crisis que el campo intelectual está atravesando en la región como resultado de la guerra fría. Esta mirada conciliadora de una república de las letras en donde aparentemente no entra el conflicto político (ni social) cabe muy bien dentro del proyecto de la UNESCO (y del propio discurso conciliador de la ONU) y, en ese sentido, abona a la construcción de un discurso generalizado por este mismo organismo, en donde el foco de atención se desplaza del elemento político y socioeconómico a la celebración de un mundo diverso y multicultural en donde el conflicto y la injusticia social desaparecen.

<sup>11</sup> No extraña que el canon instaurado por este libro sea masculino si los veintidós autores que participan son todos hombres.

## El grupo modernidad/colonialidad

El segundo momento del latinoamericanismo que trabajaré en este capítulo se sitúa veinte años después del proyecto de la UNESCO. En el transcurso de este tiempo, el panorama en la región ha cambiado drásticamente. En primer lugar, el contexto de la guerra fría dentro del cual se produjeron las reflexiones recogidas en la antología de Fernández Moreno no existe más. Esto hizo que, en términos geopolíticos y como consecuencia de la caída del régimen comunista, el sistema mundial pasara de estar dividido en dos bloques claramente identificables, a un mundo unilateral regido por un capitalismo multi y transnacional. Asimismo, la crisis de la modernidad, traducida en un malestar generalizado y un cuestionamiento abierto que llega también al campo de las disciplinas humanísticas, plantea una crítica radical de las bases que sostenían al régimen moderno, cuyos ejes podríamos ubicar en el universalismo eurocéntrico, la lógica del progreso tecnológico, la esperanza en un cambio futuro, el desarrollismo y las estructuras de los Estados-nación tal como se habían articulado desde el siglo XIX. Situados en esta coyuntura, los intelectuales latinoamericanos también discutirán sobre las maneras más apropiadas de describir esta crisis: ¿podíamos ser posmodernos —se preguntaban algunos— cuando no habíamos siquiera alcanzado la modernidad? Frente a esta pregunta, que todavía centraba el debate en las formas eurocéntricas de enfrentar la crisis del régimen moderno, comienzan a formularse otras que implican pensar las particulares formas en las que este malestar de la modernidad se produce en América Latina:

Pensar la crisis traduce así, para nosotros, la tarea de dar cuenta de nuestro particular *malestar en/con la modernidad*: ese que no es pensable ni desde el inacabamiento del proyecto moderno que reflexiona Habermas, pues ahí la herencia ilustrada es restringida a lo que tiene de emancipadora dejando fuera lo que en ese proyecto racionaliza el dominio y su expansión; ni desde el reconocimiento que de la diferencia hace la reflexión postmoderna, pues en ella la diversidad tiende a confundirse con la fragmentación, que es lo contrario de la interacción en que se teje y sostiene la pluralidad (Martín Barbero, 1998: 21).

Es en el marco de esta discusión que empiezan a entrar, dentro del ámbito académico, las teorías poscoloniales vinculadas con el grupo de estudios subalternos de la India, así como con los postulados de Gayatri Spivak,

Homi K. Bhabha y Edward Said, entre otros. Estas teorías se vincularán con cuestionamientos hechos a la colonialidad y el eurocentrismo por pensadores latinoamericanos como Edmundo O’Gorman, Leopoldo Zea, Luis Villoro, Enrique Dussel, Aníbal Quijano o Roberto Fernández Retamar. Las teorías poscoloniales se plantearon como una opción diferente para pensar la situación de la región latinoamericana. La inquietud básica era poder pensar la modernidad y su crisis no desde la mirada europea o norteamericana (como podría, en un principio, adscribirse a las teorías sobre la posmodernidad), sino desde la experiencia de la colonialidad.

Por otro lado, en términos del campo literario, el centro de la discusión se desplaza igualmente: la literatura deja de ocupar ese lugar central que tenía todavía en el debate intelectual de los años sesenta y setenta. Este desplazamiento es deudor de múltiples factores, entre los cuales se encuentran la emergencia de los estudios culturales y subalternos que cuestionarán el canon (masculino, lenguas latinas, estéticamente experimental) de esa literatura tan elogiada en las décadas anteriores y que, como puede verse en la primera parte de este capítulo, están sintetizados en la visión que de la literatura latinoamericana proponía la antología de César Fernández Moreno. Asimismo, la creciente importancia de la industria cultural, la cultura de masas en la conformación de identidades, así como la transmisión del pensamiento hegemónico harán que se amplíe el marco de análisis de la cultura y el debate sobre ésta a otros medios como el cine y la televisión. Finalmente, puede identificarse también un mayor interés por pensar la producción de saberes para y desde América Latina, y no tanto la producción artística, pues ésta ocupa un lugar reconocido en el panorama de la circulación global de los productos culturales: para la década de 1990, la literatura latinoamericana está consagrada y participa plenamente en el sistema global del mercado literario. No ocurre lo mismo con el pensamiento. Surge, por tanto, un interés generalizado por lo que podríamos llamar las geopolíticas del conocimiento que interrogan los lugares desde los cuáles se produce y legitima el saber, así como las condiciones de su circulación.

Una de las primeras manifestaciones públicas de estas inquietudes fue el debate surgido en 1993 en la revista *Latin American Review Research* (Vidal, 1993), donde apareció un dossier especial sobre el discurso colonial, la poscolonialidad y su relación con América Latina en el cual participaron Hernán Vidal (crítico literario chileno), Walter D’Mignolo (semiólogo argentino), Rolena

Adorno (crítica literaria estadounidense) y Patricia Seed (historiadora estadounidense). Asimismo, en 1996, el sociólogo peruano Aníbal Quijano se vinculó con la Universidad del estado de New York (SUNY, por sus siglas en inglés), donde trabajaba Immanuel Wallerstein, quien por ese entonces era el director del centro Ferdinand Braudel en París. Este encuentro resultó fructífero para asentar las premisas de la reflexión sobre la relación entre modernidad y colonialidad. Quijano pertenecía al grupo de pensadores latinoamericanos asociados a la teoría de la dependencia en la década de 1970 y Wallerstein era conocido por haber presentado un enfoque novedoso en la sociología occidental con el análisis del “sistema-mundo” (Castro Gómez y Grosfoguel, 2007: 9). En la misma universidad, los sociólogos puertorriqueños Kevin Santiago y Ramón Grosfoguel coordinaban el Coloniality Working group, en cuyos seminarios también llegó a participar Aníbal Quijano. En 1998, este grupo organizó un coloquio internacional Transmodernity, Historical Capitalism and Coloniality: A Post Disciplinary Dialogue, al cual, además de Quijano y Wallerstein, fueron invitados el filósofo de origen argentino Enrique Dussel y Walter Mignolo.

En ese mismo año, pero en otras latitudes ya no norteamericanas, sino latinoamericanas, Edgardo Lander organizó en la Universidad Central de Venezuela un encuentro académico al cual fueron invitados Walter Mignolo, Arturo Escobar (antropólogo colombiano), Aníbal Quijano, Enrique Dussel y Fernando Coronil (antropólogo venezolano), de este encuentro surgió un libro: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Lander, 2000). A estos primeros intercambios se sumaron muchos más que se desarrollaron a lo largo de la primera década del siglo XXI.

A raíz de estos coloquios, talleres y publicaciones colectivas se fue formando una red de sociabilidad intelectual que permitió la integración de un grupo interdisciplinario compuesto por filósofos, sociólogos, antropólogos y estudiosos de la literatura y la cultura, quienes a partir de diversos campos de estudios y emplazamientos geográficos abarcaron desde la historia cultural y social de América Latina hasta el diagnóstico de la crisis de las sociedades contemporáneas. Todos compartían premisas teóricas similares, lo cual permitió que Arturo Escobar los identificara claramente como un grupo al cual bautizó con el nombre de “modernidad/colonialidad” (2003). A diferencia de los intelectuales reunidos en torno a la antología de Fernández Moreno, los pensadores que conformaron este grupo eran todos

académicos. Su interés no estaba centrado en definir la identidad de la región a través de sus manifestaciones culturales o sus ideas, sino en proponer una relectura de la construcción de los saberes de y sobre América Latina en el marco de una crítica al eurocentrismo y a la modernidad ilustrada.

En este sentido, podríamos entender las explicaciones que propone este grupo sobre el desarrollo histórico y cultural América Latina —pensada como región— en una relación bipolar: por un lado, la crítica a las estructuras de poder colonial que, a grandes rasgos, podíamos agrupar bajo el término de colonialidad. Esta matriz estaría en la base de la conformación histórica de la región que, como señalo en la primera parte de este capítulo, aparece ya en las definiciones regionales de la década de 1970 como el común denominador que permite establecer la unidad latinoamericana en la experiencia colonial. Por otro, una propuesta ético-política de superar estas estructuras que podríamos situar del lado de la descolonización y que se situaría en el campo de un proyecto epistémico y político pensado a futuro.

Comenzaré por examinar la primera parte de la ecuación: el problema de la colonialidad. En la articulación de este concepto opera uno de los movimientos básicos que subyace en las propuestas de los integrantes del grupo sobre la historia del mundo, en cuyo centro está la pregunta sobre el inicio de la modernidad y su definición. No es éste un movimiento azaroso, pues permite, en principio, establecer una distancia con respecto de las teorías poscoloniales, principalmente aquellas vinculadas con el grupo de estudios subalternos de la India y con las postuladas de Edward Said y su noción de orientalismo. A diferencia de las premisas de la historiografía anglosajona y francesa (de la cual la vertiente anglosajona y más conocida de los estudios poscoloniales abreva), para los integrantes del grupo la modernidad no inicia a fines del siglo XVII, sino a fines del siglo XV, con la conquista de América. A esta mirada contribuyeron los conceptos de sistema-mundo de Wallerstein y el de “matriz colonial de poder” (*coloniality of power*) de Aníbal Quijano. Wallerstein propone el sistema-mundo como una red que cubre un espacio único de acción social. Sociológicamente hablando, esto significa que, desde el siglo XVI, la vida de un gran número de personas de diferentes latitudes comenzó a estar vinculada por una división planetaria de trabajo, que fue coordinada primero por los imperios y luego por los Estados-nación. Las diferencias entre los grupos y las sociedades que integran este sistema mundo dependen de la función que ocupan en su interior y,



por lo tanto, se asumen como estructurales: algunas zonas ocupan la función de centro y monopolizan los discursos hegemónicos, otras ocupan una función periférica al quedar relegadas a los márgenes de las estructuras de poder (Castro Gómez, 2002: 29).

Ahora bien, una de las características de este sistema mundo que Wallerstein denomina moderno es la lógica colonial que, desde sus inicios, condicionó su funcionamiento. Esto implica que el proceso de colonización es constitutivo y no aditivo de la lógica de operación del sistema mundo, basado en una incesante acumulación del capital. Esta lógica produjo lo que Aníbal Quijano denominó una “matriz colonial de poder” (*coloniality of power*) que afectó radicalmente a un gran número de sujetos pertenecientes a este sistema-mundo (2000). Para Quijano, la colonialidad se refiere a dos ejes de poder que comenzaron a operar y a definir la matriz espacio-temporal de lo que fue llamada América. Estos dos ejes fueron, en primer lugar, la codificación de diferencias entre conquistadores y conquistados, que puso a unos en situación natural de inferioridad con respecto a otros. En segundo, la construcción de una nueva estructura de control del trabajo y los recursos, junto con la esclavitud, la servidumbre, la reproducción independiente mercantil y la reciprocidad, alrededor y sobre la base del capital del mercado mundial (Maldonado-Torres, 2007: 131).

Quijano y Mignolo hacen énfasis en que la noción de colonialidad difiere de la de colonialismo: primero, porque permite establecer una continuidad histórica entre los tiempos coloniales y los llamados poscoloniales. Esto implica que la matriz colonial de poder no desapareció con los procesos de descolonización político-administrativa ocurridos durante el siglo XX, sino que sigue operando bajo otras lógicas: los organismos internacionales como el Banco Mundial, la circulación de los saberes, el acceso al conocimiento y la educación, los criterios internacionales de evaluación educativa, científica o tecnológica, entre otros. Así, el colonialismo se refiere a periodos históricos específicos y a lugares de dominio imperial cambiante: en la modernidad temprana serían España y Portugal, en una segunda fase, Francia, Inglaterra, Holanda y, posteriormente, Estados Unidos. La colonialidad, en cambio, denotaría la estructura lógica del dominio colonial que subyace en el control español, holandés, británico, francés y estadounidense de la economía y la política del Atlántico donde se extiende a casi todo el mundo (Mignolo, 2007: 32) Asimismo, el concepto permite señalar

que las relaciones coloniales de poder (pasadas y actuales) “no se limitan al dominio económico, político y jurídico administrativo, sino que poseen también una dimensión epistémica, es decir, cultural” (Castro Gómez y Grosfoguel, 2007: 19).

La dimensión del dominio cultural de la colonialidad es trabajada principalmente desde su cariz epistémico. Éste produjo, en palabras Mignolo, una “diferencia colonial”. Al principio, se trata de una distinción instaurada a partir de la posesión de la escritura: los misioneros españoles juzgaron y clasificaron la inteligencia humana y sus grados de civilización a partir de su posesión o no de la escritura alfabética. Hacia fines del siglo XVIII, el criterio de diferenciación se desplaza de la escritura a la historia, en la cual el orden jerárquico se determina a partir de la existencia de pueblos con historia y pueblos sin historia (Mignolo, 2000: 3). Lo que Mignolo quiere mostrar es cómo la lógica de la colonialidad produjo, desde sus inicios, un sistema de orden jerárquico y una clasificación vinculados con la producción de saberes. La diferencia colonial estableció un locus occidental del saber al cual denomina occidentalismo. Éste tiene que ver con el universalismo abstracto (cuyos principales representantes serían Descartes, Kant, Hegel y, en cierta medida, Marx) y un eurocentrismo en la producción de conocimientos. Por lo tanto, el occidentalismo no es un campo de estudio (como el orientalismo), sino “un concepto geopolítico y la base del saber desde el cual se determinaron todas las categorías de pensamiento y todas las clasificaciones del resto del mundo” (Mignolo, 2000: 61).

Esta crítica al universalismo abstracto y al eurocentrismo nos lleva a la segunda parte de la ecuación: la necesidad de articular un pensamiento decolonial el cual representa, en primer lugar, un cambio de perspectiva y de actitud que se encuentra en las prácticas y formas de conocimiento de sujetos colonizados, desde los inicios mismos de la colonización y, en segundo lugar, un proyecto de transformación sistemática y global de las presuposiciones e implicaciones de la modernidad asumido por una variedad de sujetos de dialogo” (Maldonado-Torres, 2007: 159).

Con respecto al primer aspecto, cuyo principal fin es postular una genealogía del pensamiento decolonial, el concepto de “pensamiento fronterizo” (*border thinking*) articulado por Mignolo es de gran utilidad. En este concepto subyace el siguiente argumento:

Si la colonialidad es constitutiva de la modernidad, puesto que la retórica salvacionista de la modernidad presupone ya la lógica opresiva y condenatoria de la colonialidad (de ahí los *damnés* de Fanon), esa lógica opresiva produce una energía de descontento, de desconfianza, de desprendimiento entre quienes reaccionan ante la violencia imperial. Esa energía se traduce en *proyectos decoloniales* que en última instancia también son constitutivos de la modernidad (Mignolo, 2007: 26).

De esta forma, el pensamiento decolonial surge como contrapartida de la modernidad/colonialidad. Su primera manifestación ocurre en las Américas, en el pensamiento indígena y afrocaribeño, luego continúa en Asia y África que, si bien no estaban directamente relacionados con el pensamiento decolonial americano, son una respuesta a la reorganización de la modernidad/colonialidad del imperio británico y el colonialismo francés. Un tercer movimiento de este pensamiento ocurriría en la intersección entre los movimientos de descolonización en Asia y África, situados durante la guerra fría y el liderazgo ascendente de Estados Unidos y la Unión Soviética (Mignolo, 2007: 27). Así, por ejemplo, en las colonias americanas, esta genealogía iniciaría en los virreinos hispánicos de Anáhuac y Tawantisuyu en el siglo XVI y comienzos del XVII con textos como *Nueva Corónica y Buen gobierno* (1616) de Waman Poma de Ayala, en el virreinato del Perú. Esta genealogía estaría completada con textos y reflexiones de las poblaciones afroamericanas del Caribe, como el tratado que el esclavo liberto Otabbah Cugonao publicó en Londres, en 1787, bajo el título *Thoughts and Sentiments on the Evil of Slavery* (1825). Mignolo indica que fueron tratados políticos decoloniales que, por culpa de la colonialidad del saber, jamás llegaron a compartir la mesa de las discusiones de la teoría política de Maquiavelo, Hobbes o Locke. Y esto no depende de la calidad de los textos en cuestión, sino de la imposibilidad de estos sujetos de acceder al *locus* legítimo de enunciación de las teorías políticas. Mignolo indica que estos autores “abrieron las puertas al pensamiento otro” porque partieron de su propia experiencia y memoria (del Tawantinsuyo y la esclavitud del Atlántico). Este pensar desde la matriz colonial de poder es algo que los distingue de los autores que defendieron a los indios (como Las Casas) o a los esclavos, ya que esos no pensaron desde estos espacios. Abrir las puertas al pensamiento otro implicaría, entonces, un desprendimiento epistémico y una apertura. No se trata de puertas que se abren hacia una “verdad, sino hacia lugares de la memoria colonial: a las

huellas de la herida colonial desde donde se teje el pensamiento decolonial” (Mignolo, 2007: 29). A esta genealogía del pensamiento decolonial se unirían posteriormente Martí, Amílcar Cabral, Aimé Césaire y Frantz Fanon, entre otros escritores y pensadores.

Puede identificarse en esta recuperación del pensamiento decolonial propuesta por el grupo modernidad/colonialidad una genealogía muy diferente a la presentada en la década de los setenta en el volumen colectivo coordinado por Fernández Moreno. Se trata de una relectura de la producción literaria e intelectual que justo toma en cuenta aquellas producciones que se salen de la línea canónica que, hasta mediados del siglo xx, había constituido la historia intelectual de la región. Esta línea, junto con la literatura y el pensamiento producido por las mujeres, habían sido las grandes ausentes del canon literario latinoamericano tradicional. Se trata de una otredad epistémica fundamental para complementar el panorama de la diversidad identitaria del subcontinente. Ahora bien, esta otredad epistémica, aclaran Castro Gómez y Grosfoguel, no debe ser entendida como una exterioridad absoluta que irrumpe, sino como aquella que pudiera ubicarse en la intersección entre lo tradicional y lo moderno. Se trata entonces de una resistencia semiótica capaz de resignificar las formas hegemónicas de conocimiento desde el punto de vista de una racionalidad que ya no fuera eurocéntrica, masculina y abstracta. Más bien estamos frente a epistemes de frontera ubicadas en lo que Mary Louise Pratt (1992) denomina “zonas de contacto” y constituyen una crítica implícita de la modernidad a partir de las experiencias geopolíticas y las memorias de una colonialidad que está geográficamente emplazada y que debe pensarse en relación a la historia de la región latinoamericana (Grosfoguel, 2007: 20).

Esta genealogía nos lleva directamente al otro aspecto del pensamiento decolonial: el diagnóstico del presente. En efecto, uno de los puntos que los miembros del grupo modernidad/colonialidad subrayan es que, si bien a partir de la década de 1970 se han multiplicado los discursos poscoloniales y se ha ampliado su difusión, no se ha logrado acabar con la matriz colonial de poder, cuya faz más notoria es el capitalismo transnacional, las relaciones laborales basadas en la explotación, las políticas intervencionistas del gobierno norteamericano y la inequidad en el acceso a los circuitos de circulación de la producción de conocimiento. Es por ello que, además de rastrear la genealogía del pensamiento decolonial, se plantea la necesidad de seguir buscando

trascender la visión eurocéntrica de la modernidad. La noción de transmodernidad propuesta por Dussel va por este camino: en oposición al proyecto de Habermas, quien propone como tarea central culminar el proyecto inacabado de la modernidad, mientras que Dussel propone culminar el proyecto incompleto de descolonización (Grosfoguel, 2007: 73). Esto sería posible a partir de una multiplicidad de propuestas críticas descolonizadoras, producidas desde localizaciones culturales y epistémicas diversas. Estas epistemologías alternas que Boaventura Sosua Santos (2018) denomina “epistemologías del sur” podrían proveer una diversidad de respuestas a los problemas de la modernidad (y a su crisis). De esta forma, el paradigma de la decolonialidad sería “más que una opción teórica, una necesidad ética y política” (Castro Gómez y Grosfoguel, 2007: 21).

Sin duda, la crítica a la modernidad propuesta por este grupo fue un punto de quiebre importante en el cuestionamiento sobre cómo se fue construyendo la historia intelectual y de los saberes en América Latina. Sin embargo, al igual que el proyecto coordinado por César Moreno, estas reflexiones tienen un punto ciego: no cuestionan su propio lugar de enunciación. Recordemos que este grupo se forma principalmente en espacios académicos hospedados y financiados por las universidades estadounidenses y es consecuencia de las migraciones intelectuales que fueron profundizándose con los años, producto de las crisis económicas acaecidas en América Latina y la expansión de los departamentos de *Latin American studies* en Estados Unidos. En los libros publicados por este grupo de sociabilidad intelectual hay poca cabida a intelectuales que están fuera de los circuitos establecidos por la academia del norte global (impulsados por asociaciones como la Latin American Studies Association, LASA) y no incluyen, en ningún momento, reflexiones firmadas o producidas por intelectuales indígenas (a pesar de que recuperan históricamente su linaje de producción intelectual).

## Conclusiones

Los proyectos intelectuales analizados en este capítulo nos permiten entender cómo se ha ido construyendo el latinoamericanismo cultural, el cual concibe la región desde una perspectiva histórica y anticolonial. Este postulado los coloca en una larga tradición de pensamiento latinoamericanista

de más de dos siglos y que podemos remontar a Torres Caicedo, Bilbao Rodó y Martí. El proceso de colonialidad, en el primer momento abordado (década de 1970), se entiende como superado por el mestizaje cultural y por la inserción de la literatura latinoamericana al canon literario mundial a partir de su reconocimiento por los mercados editoriales europeos y norteamericanos, así como por la creación de una producción artística propia que da cuenta cabal de las características de la región. En el segundo momento (década de 1990), el proceso de colonialidad es entendido como inacabado y, por lo tanto, se apela a recuperar otra tradición: aquella de los saberes otros, los que fueron dejados de lado por la modernidad, lo cual supone el rescate de una genealogía de pensamiento que permita construir una historia de la región que parta de un corpus literario y epistemológico más amplio. Podemos, por lo tanto, ver un desplazamiento en la concepción identitaria del latinoamericanismo que va de la celebración del mestizaje a partir de la idea del restablecimiento de la herencia amerindia en una genealogía que la sitúa en el origen de la región (pero que jamás se postula como contemporánea, sino como algo superado e integrado gracias a la síntesis cultural producto del mestizaje) a la crítica de esta idea del mestizaje que muestra cómo estas culturas fueron más bien borradas a partir de los procesos de colonización y reforzadas por la modernidad (como sucedió también con la cultura afroamericana en la región). Sin embargo, a pesar de la función integradora del primer momento y de la crítica a la colonialidad inacabada del segundo, la integración de las producciones discursivas provenientes de otros grupos (amerindios y afro descendientes) no como una alteridad radical o como formas residuales o espectrales que se incorporan a la cultura hegemónica, sino como una forma más en la que América Latina ha encontrado y construido su identidad (negada en la propia caracterización de América como latina) queda como tarea pendiente, un proyecto a venir.

## Fuentes

ADOUM, JORGE ENRIQUE

1972 “El realismo de la otra realidad”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 204-216.

ALBUQUERQUE FUSCHINI, GERMÁN

2001 “El caso Padilla y las redes de escritores latinoamericanos”, *Revista Universum*, no. 16: 307-320.

ARETZ, ISABEL, coord.

1977 *América Latina en su música*. México: Siglo XXI.

BAREIRO SAGUER, RUBÉN

1972 “Encuentro de culturas”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 21-40.

BAYÓN, DAMIÁN, coord.

1974 *América Latina en sus artes*. México: Siglo XXI.

BENEDETTI, MARIO

1972 “Temas y problemas”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 354-371.

CAMPOS, HAROLDO

1972 “Superación de los lenguajes exclusivos”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 279-300.

CASTRO GÓMEZ, SANTIAGO

2002 “The Cultural and Critical Context of Poscolonialism”, *Philosophia Africana* 5, no. 2: 25-36.

CASTRO GÓMEZ, SANTIAGO y RAMÓN GROSFOGUEL, eds.

2007 *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Ediciones; Universidad Central; Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.

CUGONAO, OTABBAH

1825 *Thoughts and Sentiments on the Evil of Slavery*. Londres: Hatchard.

ESCOBAR, ARTURO

- 2003 “Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación modernidad/colonialidad”, *Tabula Rasa*, no. 1 (enero-diciembre): 51-86.

GILMAN, CLAUDIA

- 2003 *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

GROSFOGUEL, RAMÓN

- 2007 “Decolonizando los universalismos occidentales: el pluriverslasimo trasmoderno desde Aimé hasta los zapatistas”, en Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel, comps., *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Ediciones; Universidad central; Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javierana, Instituto Pensar, 63- 77.

HOUAISS, ANTONIO

- 1972 “La pluralidad lingüística”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 41-52.

JÍTRIK, NOÉ

- 1972 “Destrucción y formas en las narraciones”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 219-242.

LANDER, EDGARDO, ed.

- 2000 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso.

MALDONADO-TORRES, NELSON

- 2007 “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto”, en Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel, eds., *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre; Universidad central;



Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javierana, Instituto Pensar, 127-168.

MARTÍN-BARBERO, JESÚS

1998 “Modernidades y destiempos latinoamericanos”, *Nómadas*, no. 8: 20-34.

MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS

1972 “Unidad y diversidad”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 73-92.

MIGNOLO, WALTER

2007 *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa.

2000 *Local Histories / Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, Princeton: Princeton University Press.

MONDRAGÓN, RAFAEL

2019 *Un arte radical de la lectura. Constelaciones de la filología latinoamericana*, México: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

NÚÑEZ, ESTUARDO

1972 “El latinoamericanismo en otras culturas”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 93-120.

PARMAR, INDERJEET

2012 *Foundations of the American Century, The Ford, Carnegie and Rockefeller Foundations in the Rise of American Power*. Nueva York: Columbia University Press.

PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO

1972 “Literatura y sociedad”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 391-405.

PRATT, MARIE LOUISE

1992 *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge.

QUIJADA, MÓNICA

- 1998 “Sobre el origen y difusión del nombre ‘América Latina’ (o una variación heterodoxa sobre la construcción del tema de la verdad”, *Revista de Indias*, no. 214: 595-616.

QUIJANO, ANÍBAL

- 2000 “Coloniality of Power and Eurocentrism in Latin America”, *International Sociology* 15, no. 2: 215-232, en <<https://doi.org/10.1177/0268580900015002005>>.
- 1997 “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina”, *Anuario Mariateguiano*, no. 9: 113-121.

QUIJANO, ANÍBAL e IMMANUEL WALLERSTEIN

- 1992 “Americanity as a Concept, or the Americas in the Modern World-System”, *ISSA* 1, no. 134: 549-647.

RODRÍGEUZ MONEGAL, EMIR

- 1972 “Tradición y renovación”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 139-166.

ROJAS, RAFAEL

- 2018 *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la guerra fría*. México: Taurus, e-book.

SAER, JUAN JOSÉ

- 1972 “La literatura y los nuevos lenguajes”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 301-331.

SEGRE, ROBERTO, coord.

- 1975 *América Latina en su arquitectura*. México: Siglo XXI.

SOUSA SANTOS, BOAVENTURA

- 2018 “Introducción a las epistemologías del sur”, en Maria Paula Meneeses y Karina Bidaseca, eds., *Epistemologías del sur*. Buenos Aires: Clacso; Coímbra; CES, 25-61.

UNITED NATIONS EDUCATIONAL, SCIENTIFIC  
AND CULTURAL ORGANIZATION (UNESCO)

1966 “Actas de la 14ª Conferencia General de la UNESCO”, en <[https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000114048\\_spa](https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000114048_spa)>.

VALENCIA GOELKEL, HERNANDO

1972 “La mayoría de edad”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 121-135.

VIDAL, HERNAN

1993 “The concept of Colonial and Poscolonial Discourse: A Perspective from Literary Criticism”, *Latin American Research Review* 28., no. 3: 113-152.

WALLERSTIEN, IMMANUEL

1974 *The modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteen Century*. Nueva York: Academic Press.

XIRAU, RAMÓN

1972 “Crisis del realismo”, en César Fernández Moreno, coord., *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 185-203.

ZEA, LEOPOLDO, coord.

1986 *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI.